Movimiento de tierras

Llevo dentro una maldad, tan real como un órgano.

Don Ernesto me espera junto a la zanja. El muerto tiene la cara tapada con una chaqueta. Le falta un zapato.

Dejo la miniexcavadora al ralentí.

—Tápalo —dice—. Se está haciendo de noche.

No toco los mandos.

Le he excavado las piscinas a él y a sus hijos. También los sótanos de sus promociones. Para él soy «el de la máquina». Nunca le he dicho que me molesta. A veces finjo no oírlo para que tenga que acercarse.

—¿Qué pasa ahora?

Apago el motor.

En el silencio se oye su respiración. Busca la cartera.

—Te pago el doble.

Niego con la cabeza. Mira hacia la carretera. Después, al muerto.

—Pues dime cuánto.

—Quiero que me lo pida por favor.

Me siento en el estribo de la máquina. A lo lejos pasa un coche; los faros barren un instante la entrada de la parcela.

Don Ernesto baja la voz. Aprieta la cartera.

—Por favor, Andrés.

Vuelvo a arrancar.